

1

DESIERTO DE SONORA, MÉXICO; ÉPOCA ACTUAL

El helicóptero aterrizó sobre la ruta con delicadeza, pero el polvo del desierto se levantó a su alrededor de todas maneras. La mujer esperó unos momentos antes de descender. Ya desde el aire había visto las tres facciones en conflicto. Cada grupo estaba parapetado detrás de carros y equipos. Inspiró y dio la orden para que abrieran la puerta. Un joven se acercó corriendo y la saludó con efusividad mientras tomaba su bolsa. No tendría más de veinte años. Su alivio era evidente.

—¿Cuál es el estado de situación, José?

—Robert está encerrado en su remolque. Dice que no va a salir de allí hasta que los forajidos se vayan. Que no se le puede pedir tanto a un actor. Y va por la segunda botella de tequila. Don Eladio alega que él y sus muchachos solo quieren una participación en la película como muestra de

hospitalidad, pero ha cerrado la única salida al pueblo y Villanueva ha destrozado a patadas una torre de luces y dos claquetas al grito de “Yo no filmo con narcos”.

¿Qué pensarían los fanáticos de las series si se enteraran solo de la mitad de las cosas que suceden detrás de escena? ¿Se mantendría la química intacta si supieran que el actor más rudo puede embriagarse hasta perder el sentido ante un poco de violencia real? ¿O qué los directores están tan enfocados en desarrollar productos merecedores de premios que olvidan a menudo que se trata de un trabajo, que debe ser bien hecho y dar dividendos, porque se trata de una industria de la cual dependen miles de familias? Y eso sin tener en cuenta el juego de los intereses, que año a año suma niveles, como en los videojuegos: las productoras, las emisoras de televisión, las plataformas de streaming, las agencias de marketing y publicidad, los relacionistas públicos, la prensa, los gremios...

Y los managers de artistas, por supuesto. Como Julia Kang, quien en ese momento miraba la línea que separaba la tierra cobriza de un cielo muy azul y sin una nube. Una línea borrosa por el calor y la distancia. Había algo de eso en la profesión que había elegido. Se podía salir chamuscado muy fácil ante una explosión de egos. O confundirse, si no se mantenían los metros de separación suficientes. Al principio, había creído que debía su atracción por ese mundo de fantasía a su padre, un documentalista argentino un poco hippie y con aspiraciones de director que había desembarcado en Los Ángeles a finales de los 70. O a su

madre, hija de inmigrantes mexicanos, que se había convertido en una exitosa ejecutiva de una agencia de publicidad y que había cumplido el gran sueño americano insertando marcas y productos en los contenidos televisivos dirigidos a la audiencia latina. Hasta los diez años, Julia había vivido entre estudios de grabación y sets de televisión. Solía intercambiar en la escuela fotos autografiadas de los artistas por dulces u otros objetos. Después, la vida se había encargado de dejarle en claro dónde estaban los límites entre ficción y realidad. Tras la muerte de su padre en un accidente automovilístico, su madre se casó con un alto directivo de una empresa multinacional coreana, lo que ocasionó que pasara su adolescencia y los primeros años de su juventud entre Canadá, Londres y Corea del Sur. Sin embargo, a la hora de elegir una carrera, había vuelto a decirle “sí” al universo del cine y la TV. Y cada vez que se preguntaba qué la había hecho volver a vivir de locación en locación –y eso pasaba con frecuencia debido a los imaginativos caprichos de sus clientes–, la conclusión se reducía a sensaciones. En el caso que la había hecho volar desde Los Ángeles hasta Hermosillo, Sonora, solo podía echarle la culpa al desafío que planteaba y la adrenalina de no saber si iba a poder resolver el entuerto.

–¿Quién es Don Eladio? –preguntó a su ayudante de campo. El muchacho los asistía cada vez que trabajan en México. Conocía muy bien el terreno y a sus personajes, y se tomaba muy a pecho su función.

–Es el dueño de casi todos los bares que frecuenta la

gente que vive por aquí. Controla el alcohol que se vende, en forma legal y de la otra, al menos por varias millas a la redonda. Hasta hace sus propios destilados. Todos lo saben. Pero no es narco, señorita. Les presta algún que otro servicio cada tanto. Es verdad. Pero, usted sabe, si quiere que un negocio como el que él maneja, funcione; debe cuidar mucho las relaciones... Es una cuestión de supervivencia. Yo sé que suena raro, pero Don Eladio asusta nomás. Hasta le diría que es buena persona.

Y así estaban. En medio del desierto, con una filmación de varios millones de dólares parada, en pleno siglo XXI, a merced de un contrabandista de pueblo con aparente buen corazón quien, vaya a saberse por qué razón, se empeñaba en aparecer en una pantalla cuando lo habitual, al menos entre la gente de su rubro, era asestarle un tiro a la primera cámara que se cruzara en su camino.

Julia achinó los ojos. Le gustaban los acertijos. Y el personaje en cuestión prometía ser de todo menos aburrido.

—Llévame con él —le ordenó al muchacho.

Apenas diez minutos después estaban en un bunker que la facción local había improvisado en el granero que usaban para filmar escenas interiores. Era la hora del almuerzo, así que había gran surtido de quesadillas, tacos y hasta un cochinitillo asado sobre tablones y cajones de madera, que los hombres del contrabandista degustaban con ganas. En los rincones, latas de cerveza vacías y escopetas recortadas. Hacia el final de la estancia, ajeno al barullo general, alguien miraba, en un pequeño televisor conectado a una antena

satelital, una película de acción. Por los gritos, los ruidos de muebles y hasta de huesos rotos, se podía deducir que era oriental. El espectador celebraba cada victoria del protagonista con un golpe seco de su bastón sobre el piso. Las briznas de paja que salían disparadas se mezclaban con las motas de polvo dorado que entraban por los huecos de las paredes. Junto a la poltrona de piel donde estaba instalado el jefe, un grupo de electrógeno de última generación esperaba, apagado, su entrada en escena, en caso de que fallara la corriente. Entonces Julia comprendió que no estaba ante un mero entusiasta del séptimo arte. Don Eladio García era, en principio, un fanático profesional de las pantallas.

José se encargó de las presentaciones ante el guardia apostado junto al respaldo del contrabandista. El hombre no pudo ocultar su sorpresa. A pesar de que ofrecía una incredulidad rayana en la burla, se sacó el sombrero de ala ancha y murmuró algo al oído de su superior. El anciano puso la película en pausa y se dio vuelta.

–Kim Daehyun –dijo señalando al actor que había dejado congelado en la pantalla–. ¿Lo conoce? Su última película ganó un Oscar y por eso ahora le empiezan a prestar atención por aquí. Pero es una leyenda en Corea, su país. Es un actor que puede hacer de todo: películas de acción, históricas, telenovelas... ¡Hasta canta! Tiene una gran sobriedad y una elegancia nata para actuar. Sí. Eso es lo que más me gusta de él. Su elegancia. Bueno, pero usted no ha venido hasta aquí para escucharme hablar, ¿no es cierto? Al menos no me enviaron a una gringuita a parlamentar –continuó el

anciano a modo de bienvenida, mientras le hacía un minucioso examen visual—. ¿Oaxaqueña?

—Por parte de mi abuela materna —respondió Julia, con una sonrisa para sí. Pocos averiguaban a golpe de vista la cuota mexicana de su ADN. En su sangre se mezclaban muchos pueblos. Uno más distante y dispar que otro. Era evidente que al jefe no se le pasaba nada. Una derivación de su oficio por cierto...—. Así que quiere participar en la fiesta, Don Eladio —añadió. Si había que meterse en la pelea, mejor tomar el toro por las astas.

—Pero ese director suyo no me deja, m'hijita. Y mire que he sido un muy buen anfitrión.

—Un tantito duro nomás. Eso de andar dejando a la gente sin víveres y sin conexión con el único pueblo en kilómetros...

—Es que no querían escuchar. Pero tan mal no ha salido. Usted está aquí.

Julia rio de buena gana. Realmente estaba ante un negociador experto.

—Tiene razón. Y soy toda oídos. Cuénteme, Don Eladio, ¿por qué quiere aparecer en nuestra serie?

El anciano se atusó el bigote unos minutos y dio la orden de que todos se apartaran varios metros. Y, luego, ya entregado a la confesión, suspiró.

—Ha llegado mi tiempo, m'hijita. Ya no me quedan muchos años de andar de aquí para allá haciéndome el Pancho Villa. ¿Usted cree que seguiríamos recordando a nuestro héroe nacional y a tantos otros si sus vidas no hubieran

llegado al cine? ¿Sabe que el mismo Pancho, en 1913, intentó filmar su propia película? ¡Él tenía una visión! Los rollos están hasta hoy desaparecidos pero este actor español... Banderas, el Antonito ese, ha rescatado la historia. Yo tengo nietos, m'hijita. No quiero que le vayan a decir zonceras sobre lo que hacía su abuelo. Quiero que lo vean en acción mientras me den las piernas, en una buena batalla, luchando por lo justo. No por andar poniendo límites somos los malos, señorita. Siempre he estado del lado de mi gente. Haciendo algunos negocios, sí; pero repartiendo entre quienes menos tienen también. Puede preguntar, Don Eladio García, cumple. ¿Cómo explicarle? Es casi una cuestión de honor. Quiero que me recuerden en grande.

Honor –o reputación–, dinero y fama eran el tridente que motivaba a todos sus clientes a hacer todo lo que hacían para lograr un contrato y el jefe había nombrado al primero. Quizás estaba ante un estafador consumado, pero Julia reconocía una honestidad profunda, casi universal en sus palabras.

–¿Usted tiene hijos?

La voz rasposa del anciano la sacó de sus cavilaciones.

–No he tenido tiempo, Don Eladio.

–Hace mal. Usted hoy corre de aquí para allá. Se siente fuerte, llena de energía... Invencible. No, no me ponga ese ceño. Lo puedo ver. Yo he estado ahí. Pero, créame, un día todo eso se acaba, m'hijita. El trabajo estaba siempre primero y el cine era como un amante. Tengo una habitación llena de cintas en mi finca. Y, de repente, me he preguntado: Eladio García, ¿vas a ser toda tu vida un espectador? Si

yo puedo montar una escena igual o mejor a la que esos cabrones hacen entre cartones... Si no son hijos o familia, búsquese otra cosa. Algo que la apasione y donde usted pueda dejar una huella. Todos hemos sido puestos en este mundo por algo, ¿no? Averígüelo, hija.

Julia se sentía hablando con su padre. El biológico no, el otro. Ese que la había adoptado al casarse con su madre. Los primeros tiempos habían sido difíciles. La exasperaban sus silencios. La exigencia y la disciplina que se imponía a sí mismo y a quienes lo rodeaban. No obstante, lo extrañaba. Sobre todo, sus charlas. Si la viera hoy, seguramente opinaría como Don Eladio. Carraspeó para disimular el nudo que tenía en su garganta. Al final no solo iba a tener que reconocer el carisma arrollador del hombre, sino también pagarle los honorarios como analista.

—¿Y qué hacemos con su cara, Don Eladio? Porque lo van a ver algunas personas más que sus nietos...

—Unas arrugas aquí y allá, una cicatriz, algo de polvo y un buen sombrero ranchero hacen maravillas, m'hijta.

El hombre lo tenía todo pensado. Julia comenzaba a tomarle cariño al personaje. Así daba ganas perder la pulseada.

—¿Una escena nada más? —preguntó sosteniéndole la mirada. Tampoco iba a entregarlo todo sin dar batalla.

—Larga, si no es mucho pedir. Recuerde que es por los nietos...

Para sellar el trato, Don Eladio mandó a buscar una de mejores botellas de tequila.

—¡Por la posteridad! —propuso el anciano.

–Por la posteridad –repitió la manager y liquidó el contenido del vaso en una sola vez.

–Dos cosas más, Don Eladio –dijo cuando se pudo reponer del incendio en su pecho–. Las pistolas en su sobaquera...

–Son por seguridad... –aseguró con total inocencia el contrabandista.

–Por supuesto. Pero las va a tener que dejar fuera del set. Las tuyas y las de sus muchachos. No sea cosa que se nos confundan con las de utilería y tengamos un accidente...

–¡Claro que no! Lo que usted mande, m'hijita.

–Y voy a necesitar algunas cajas de este tequila... ¿Usted las podrá mandar para el otro lado? Hasta Los Ángeles, más precisamente.

–No hay nada que Eladio García no pueda conseguir.

EXTERIORES. DESIERTO. MEDIODÍA.

[Ruedan fardos de paja en primer plano. Un lagarto perezoso toma sol en una piedra cercana. DIEGO está al borde de sus fuerzas luego de haber recibido una paliza de parte de los hombres de Tolosa. Atado sobre el lomo de su caballo, conversa con él mientras espera el destino que le tienen reservado.]

DIEGO

Creo que hasta aquí hemos
llegado, amigo.

CABALLO

(Relincha y mueve la cabeza.)

DIEGO (resignado)

Solo un milagro puede librarnos
de esta.

El director mira el monitor y mueve la cabeza con satisfacción. Toca el hombro de Julia, que sigue la escena a su lado, y le susurra al oído:

–Ha sido una solución brillante. Robert estaba ebrio como una cuba. No se hubiera sostenido de pie y un día más de retraso...

–Ya sabes. A veces es mucha la presión de rodar contigo, John. Todos saben de tu exigencia –afirmó la manager. No iba a confesar que así había quedado su cliente luego de probar un tequila muy raro y con una graduación inusual que sería la nueva estrella de su bar para famosos en Malibú.

EXT. DESIERTO. CONTINÚA

[Se levanta una gran polvareda desde el oeste. Una caravana de motocicletas se asoma desde el

horizonte. Se escuchan gritos,
aullidos y disparos al aire. Los
hombres de Tolosa corren a buscar
sus armas. Una camioneta todo
terreno frena en primer plano.]

DIEGO

Mis ojos ya no me pertenecen,
amigo.

¿Es él?

La cámara-grúa se mueve hacia el centro del set para tomar al hombre que baja del vehículo. El asistente de dirección deja caer la claqueta que marca el inicio de una nueva escena y le pasa el megáfono a Julia con un guiño. Entonces ella dice: "Don Eladio, ¡acción!".